

Editorial

Toda revista científica tiene tres propósitos básicos. En primer lugar, busca visibilizar el conocimiento derivado de la investigación o la reflexión, en un campo determinado. En segundo lugar, perfila las tendencias investigativas contemporáneas en dicho campo; es decir, sus páginas apoyan la consolidación de las temáticas, metodologías o aproximaciones que concentran mayor interés en un momento dado. Por último, la publicación es el punto culminante del ejercicio crítico; en sí misma, es crítica.

Los dos primeros propósitos alientan las disciplinas, y el último sobrepasa el interés particular para convertirse en un objetivo social. Dentro de ese gran proyecto social y cultural denominado ciencia, el movimiento es continuo; las explicaciones amplias, profundas; los desencuentros, esperables, y sobre todo, deseables. Junto a ellos debe estar la publicación.

La revista científica es garante de las diversas discusiones, y lo es en la medida en que abre sus páginas a las diversas vertientes investigativas. Sin embargo, antes de abrirlas debe cumplir una tarea ardua y de gran responsabilidad: decantar la información, criticar, contrastar, poner en duda, para que lo publicado refleje, lo mejor posible, la razón de ser de la investigación científica.

Las expectativas del lector especializado y del lego se sustentan en la confianza que depositan en los encargados de la revisión previa de los textos. La crítica que pueden hacer al material ya editado es de segundo orden. Antes de ella suponen un proceso especializado encargado de la depuración inicial de la información.

En dicho proceso es donde se muestra la relevancia que tienen los evaluadores para las revistas. Su labor es el cimiento sobre el cual comienza la construcción de cualquier proceso editorial. El artículo recibido es el insumo básico, pero la corrección externa es inherente al acto de escritura. Una especie de proceso que desde afuera nutre la investigación. Sin evaluadores expertos no habría crítica y corrección.

En consecuencia, los evaluadores deben ser investigadores activos. Las recomendaciones que dan son el producto de sus propios problemas al investigar y comunicar lo investigado, y están alimentadas por las críticas que ellos mismos han recibido.

Sin embargo, el proceso de revisión y crítica no está exento de rencillas y celos académicos, variables siempre presentes en el ámbito científico. Por eso, la responsabilidad del revisor es compartida por los editores y miembros de los comités de las revistas, quienes deben ponderar también el tipo de críticas que están recibiendo los autores. La lógica del conocimiento nos involucra, y más allá de las disputas personales, se busca aportar a la comunidad información fiable.

El compromiso de toda revista, y por consiguiente el nuestro, es académico y social: académico porque considera la investigación y la divulgación científica como los instrumentos básicos para el avance en cualquier disciplina; social porque el producto

entregado se configura en un objeto de y para la crítica. En última instancia, es el lector quien dará uso a cada uno de los artículos. El impacto de una revista está sembrado tanto en la calidad de lectores que crea y en la calidad de críticas positivas y negativas que recibe, como en la posibilidad de comprender que tanto unas como otras son el producto lógico de su labor. Estar dispuesto a la observación constante es la actitud de quien asume el conocimiento como asunto fundamental. Es la condición del espíritu de la Ilustración.